

## PRIMERA PARTE

### LA LUCHA CON LA MUERTE

#### I

#### ¿ASALTO O AUTOSALTO?

La noche del 23 de mayo de 1940 me retiré a mi casa hacia las once. Encontrábame en extremo fatigado tras de una dura jornada al frente del Servicio Secreto de la Jefatura de Policía. Amaba mi cargo y me entregaba a él en cuerpo y alma. Para mí no había horas fijas ni para comer ni para descansar. Las tareas y las responsabilidades de un funcionario de la policía son, por lo general, abrumadoras. Pesa sobre él nada menos que la seguridad de las personas y de los intereses sociales. Téngase en cuenta, por otra parte, que la ciudad de México contaba entonces con unos dos millones de habitantes. Yo tenía que, conocer a diario los numerosos informes de los agentes a mis órdenes, que discutir con ellos los planes y el encauzamiento de las averiguaciones, que intervenir personal y directamente en las investigaciones principales, que oír centenares de quejas y denuncias de diferente contenido, que estar pendiente en todo momento de los reportes telefónicos, que atender debidamente a los periodistas o reporteros de la "fuente" y, por último, que estampar mi firma en millares de órdenes de investigación provocada por la delincuencia en sus más variadas manifestaciones. Por fortuna para mí llevo una vida ordenada, soy abstemio absoluto, gozo de excelente salud y me considero un hombre vigoroso y dotado de cierta energía. En éste, como en cualquier otro puesto de confianza, estoy habituado a aplicar el concepto del deber y de la disciplina.

Después de hojear la prensa del día, de ingerir unos sorbos de sabroso té caliente y de fumarme un cigarrillo, me quedé dormido, profundamente dormido. Me despertó el tenaz repique del teléfono. Estaba familiarizado con las frecuentes llamadas de mis subalternos aun a altas horas de la noche. Casi mecánicamente me llevé el auricular al oído. Era el Jefe de la Guardia del Servicio Secreto.

—Mi Coronel: ha sido asaltada la casa de Trotsky hace unos minutos ...

Aunque acostumbrado a las noticias más imprevistas y sensacionales, ésta me hizo dar un salto. Ordené, rápido:

—Comunique a Estrada y a Galindo que se reúnan

conmigo en Coyoacán, en la residencia de don León. Allá me encamino en seguida.

Me refería al Subjefe del Servicio Secreto y al Comandante de Agentes, respectivamente.

Eran aproximadamente las cuatro de la madrugada. Me vestí en un segundo, ciñéndome el revólver. A grandes zancadas descendí las escaleras de mis habitaciones y, abordando mi automóvil, volé de la Colonia de los Doctores, donde residía, al ya histórico y postrer refugio de León Trotsky, en Coyoacán.

Conocía bien la residencia del famoso líder ruso, emplazada en las calles de Viena y Morelos. Habíale hecho múltiples visitas. Por encargo superior, su seguridad y salvaguardia constituían una de mis constantes preocupaciones. Había llovido fuerte la noche anterior y las calles estaban fangosas. Sobre todo la calle de Viena, sin asfaltar ni empedrar aún entonces. A ambos lados, humildes casitas de adobe o de tabique y solo alguna que otra casa residencial. Aun no despuntaba el alba, pero ya ladraban los perros y el canto de los gallos anunciaba el nuevo día. Diríase que el asalto perpetrado media hora antes había venido a interrumpir el reposo del pacífico y tranquilo Coyoacán. La casa de Trotsky era la última entonces, a la izquierda.

Paré casi en seco, bajé a toda prisa y me dirigí a la caseta de los policías encargados de custodiar la residencia del famoso exilado ruso. Los encontré a todos sobresaltados e inermes.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —interrogué un tanto irritado y sin casi contestar a su saludo militar.

Pusiéronse a hablar todos a la vez:

—Nos han asaltado, mi Coronel. Los asaltantes eran como veinte o más. Algunos venían disfrazados de policías y de militares. ¿Cómo íbamos a maliciar sus intenciones? Han disparado dentro de la casa como unos trescientos tiros.

—¿Saben si ha habido muertos y heridos?

—No sabemos nada, mi Coronel. ¡Nada!

Se me habían reunido mientras tanto los señores Estrada y Galindo y varios agentes del Servicio. No tardó en llegar también, avisado según mis órdenes, el General José Manuel Núñez, Jefe de la Policía y mi superior inmediato. Nos interrogamos todos, profundamente preocupados: “¿Habrán matado a Trotski? ¿Estará, quizá, agonizando? ¡Sería terrible!”

Nos acercamos a la puerta de la casa fortaleza. Tratábase de una finca veraniega de fines del siglo pasado, de construcción sencilla. Tenía la forma de una T. Originalmente estaba circundada por una verja de hierro; Trotski había rodeado de una verdadera muralla de concreto, con torreones aspillerados. Era ahora, en efecto, una verdadera fortaleza. La puerta era de una consistencia sorprendente, blindada, de color plomizo. Esta puerta, las altas y severas murallas y los torreones con ametralladoras dábanle a la casa un aspecto más bien de prisión que de hogar, más de fuerte militar que de simple y amable vivienda. ¡Qué de precauciones había tenido que tomar el viejo revolucionario y creador del Ejército Rojo para proteger su vida! Y sin embargo, quizá yacía muerto en estos momentos.

Hicimos sonar el timbre al mismo tiempo que golpeábamos el portón metálico. No tardaron en entreabrirlo un poco, lo suficiente para que nos identificáramos dando nuestros nombres y mostrando nuestras placas. Sólo entonces abrieron completamente y pudimos penetrar en el jardín. Este, aunque encerrado entre los muros, era lo único amable de aquella casa. Altos y frondosos árboles dábanle sombra por la parte de atrás. El pasto estaba bien cuidado y las plantas con flores alegraban el ambiente. Abundaban los cactus, plantas primitivas y salvajes a las que era muy aficionado Trotski. Nos dió todo aquello la sensación de un trocito de paraíso dentro de un infierno.

—¿Qué es lo que ha sucedido, señores?

Dirigí esta pregunta a los secretarios y guardianes personales de León Trotski. Eran todos jóvenes y vigorosos. Empuñaban todavía sus pistolas como para defenderse contra un enemigo invisible. Me llamó poderosamente la atención la tranquilidad de que daban pruebas. A pesar de sus armas y de cierta hosquedad en el gesto, manteníanse sorprendentemente serenos. Encerrábanse, por otra parte, en un no menos extraño hermetismo. A mis preguntas limitábanse a contestar con monosílabos: sí, no, sí, no ... Una cosa sacamos en limpio en seguida: Trotski vivía. No había muertos ni heridos en la casa. Esto nos tranquilizo.

Esteban, el nieto de los Trotski, llegado recientemente de París, jugaba tranquilamente en el jardín, al lado de una pequeña escalinata que daba acceso a su habitación, que comunicaba con la de sus abuelos. Contaba unos doce o trece años de edad y sus rasgos fisonómicos guardaban un gran parecido con los de Trotski. Llevaba el pie izquierdo vendado.

—¿Qué le ha ocurrido? --pregunté.

—Ha sido el roce de una bala —respondió uno de los secretarios—. Afortunadamente, nada grave.

Esteban nos miró un momento y reanudó tranquilamente su juego.

Me hice llevar a presencia de León Trotski, al que acompañaba su esposa, Natalia Sedova. El viejo líder bolchevique estaba en pijama y, sobre ésta, llevaba una bata. Su esposa traía puesta también una bata de casa. Me acogieron con gran amabilidad. Era ésta proverbial en ellos, pero mantenían una serenidad incomprensible. Diríase que no había pasado nada, que todo se había limitado a una falsa alarma. Trotski sonreía, con sus vivos y claros ojos tras de las gafas de nácar —unos ojos siempre escrutadores y dominantes—, con su aire agudo y penetrante, con un fondo burlón, sarcástico, un tanto mefistofélico. Era de regular estatura, sano y más bien fornido. Su boca era grande, de labios finos, el inferior levemente pronunciado y sensual. Su cabello, su bigote y su barbita en punta eran grises, casi blancos ya. El cabello parecía un tanto alborotado, peinado hacia atrás, con los mechones cayéndole a los lados. Todo el mundo conoce su silueta, enmarcada como pocas en la historia moderna. Llamaban la atención sus rasgos todavía jóvenes, firmes, enérgicos, sin una sola arruga en su frente amplia, poderosa, talentada. Sólo se observaban dos leves arrugas en las comisuras de los labios.

Natalia se mantenía a su lado impasible, con su aire recogido y modesto; su rostro, que debió ser muy bello, de rasgos delicados, denotaba una gran dulzura, enmarcado en sus cabellos rubio-grises, finos; el dolor, más aun que los años, habíanla envejecido prematuramente. Todos sus familiares y amigos habían perecido. Cuando recibieron la noticia de la extraña muerte de su último hijo, León Sedov, se encerraron los dos en una habitación durante varios días, sin querer recibir a nadie, sin ver el sol, los pájaros y las plantas, al margen del mundo y de la vida ordinaria. Trotski escribió entonces un artículo necrológico-político que se esforzaba por parecer fríamente analítico, pero del que se desprendía como un alarido desgarrador. El león había recibido su herida más profunda y

dolorosa. Pero se había rehecho con aquella su energía sobrehumana, casi inhumana. La que había envejecido notablemente desde entonces, secos los ojos como si ya no le quedaran lágrimas, era Natalia. ¡Qué contraste entre los rasgos del uno y de la otra! Enérgicos, acerados, dominadores en él; dulces, serenos, como resignados en ella. Era, verdaderamente, impresionante ver a aquellos dos seres en semejantes momentos.

Pero ¿por qué se mantenían tan tranquilos los dos? ¿Cómo era ello posible tras el inmenso riesgo que acababan de correr? ¿Acaso la vida que habían llevado —una vida azarosa, inquieta, llena de sobresaltos y de peligros— los había deshumanizado hasta ese punto? ¿Ya nada podía impresionarles? ¿O acaso ... ? Una sospecha cruzó repentinamente por mi ánimo. Me quedé parado un momento, contemplándoles. ¿Se trataba, efectivamente, de un asalto o de un autosalto?

Trotski me invitó a acompañarle a su despacho. Todas las piezas de la casa aparecían modestísimamente amuebladas. Ninguna ostentación, ningún lujo. Orden y limpieza por todos lados, El gran revolucionario internacional amaba el orden en su casa y en su persona. Sólo abundaban los libros, las colecciones de periódicos y de revistas, los archivos. Todo ordenado y en su sitio. Sin duda el despacho de Trotski era la mejor pieza de la casa. Se entraba en él por el modesto comedor. Una mesa de grandes dimensiones y de vulgar madera lisa. A un lado, el dictáfono. Trotski dictaba desde allí, sin que nadie viniera a molestarle, su enorme correspondencia con el universo entero y en cuatro o cinco idiomas, sus artículos políticos, sus libros ...

Cuando nos hubimos sentado, Trotski empezó con voz pausada y en un español bastante correcto:

—Estábamos Natalia y yo durmiendo en nuestra alcoba. Es la que se encuentra entre el cuarto de mi nieto y este despacho. De pronto despertamos al escuchar nutridas detonaciones. Mi primera impresión fué que se trataba de la explosión de cohetes o de fuegos artificiales con los que celebran en este país las festividades religiosas, pues precisamente estamos en Coyoacán en días de feria. Pero no tardé en advertir que eran estallidos de armas de fuego. Nos arrojamos violentamente de las camas. Natalia me empujó hacia el ángulo sureste de la habitación y me obligó a tenderme en el suelo; ella permaneció breves instantes de pie, como protegiendo mi cuerpo con el suyo, hasta que la obligué a tenderse a mi lado. Fué lo más acertado; eso nos salvó a los dos. Pudimos darnos cuenta de que disparaban hacia el interior de la habitación desde la puerta de la

recámara de Esteban y desde la del despacho, así como por la ventana de nuestra propia alcoba y por la del baño. Era un mortífero fuego cruzado. Permanecimos tirados en el suelo hasta que cesó el fuego. Advertimos entonces que habían puesto una bomba incendiaria en la puerta que comunica con la habitación de mi nieto. Pensamos que quizá el niño había sido sacrificado ...

Observaba atentamente al viejo revolucionario mientras hablaba. Su voz era tranquila, reposada, pero enérgica y firme; no daba la menor muestra de emoción al hacer el relato de lo sucedido.

Prosiguió:

—Pude darme cuenta de que eran no menos de veinte los atacantes y de que venían armados con ametralladoras portátiles. Sin duda creyeron que nos habían matado. Cuando cesó el tiroteo, nos apresuramos mi esposa y yo a apagar el fuego de la puerta y del piso, encontrándonos con que habían puesto una bomba "thermos" con materias inflamables. Esta habíanla arrojado en mi recámara. Desde la de mi nieto arrojaron otra, pero cayó por la ventana al jardín y quemó una parte del pasto. No cabe duda alguna de qué, además de asesinarnos, los asaltantes tenían el plan bien preconcebido de quemar mi casa; otra cosa no tendría sentido.

—¿Con el fin de hacer desaparecer las huellas, don León? —pregunté yo por decir algo.

—Con ese fin y, sobre todo, con el de hacer desaparecer mis preciosos archivos. Ya en París quisieron hacerme lo mismo, fundiendo una puerta de acero por medio de aparatos eléctricos y destruyéndome setenta Y seis kilos de papeles. Su interés en destruir mis archivos es, quizá, mayor aun ahora; todo el mundo sabe —y la G. P. U. antes que nadie— que estoy escribiendo una "Vida de Stalin" y que poseo una bien nutrida y valiosa documentación. Con ese fin traían varias bombas.

Yo escuchaba sin hacer comentario alguno. Pero pensaba en mi ánimo: "Tal número de asaltantes, tantas y tan modernas armas y hasta varias bombas y en realidad, ¿no ha pasado nada? ¡Qué extraño resulta todo esto!"

Trotski siguió diciendo:

—Inmediatamente nos interesamos por Esteban, que vino hacia nosotros poco después de cesar el fuego. El niño había sido sorprendido, como todos nosotros, por la irrupción de los asaltantes; pero, de un modo inexplicable, no le había pasado nada, sin duda porque se arrojó también al suelo o se ocultó debajo de la cama en un movimiento instintivo.

“Se nos reunieron poco después mis colaboradores o guardias. Vimos entonces que habían forzado las puertas. ¿Cómo habían hecho para penetrar en la casa? Nos trasladamos inmediatamente al zaguán, notando entonces la desaparición de Robert Sheldon Harte, de Bob, como le llamábamos todos cariñosamente. Seguramente se lo llevaron consigo los asaltantes...

Nos levantamos y salimos, pausadamente, hacia el jardín. El propio Trotsky, que apenas salía de aquella fortaleza de altas murallas —él que seguía con su cerebro la marcha del universo entero—, se ocupaba cariñosamente de cada planta, del verde pasto ... Más que la residencia de un revolucionario internacional parecía, a primera vista, el retiro de un pacífico burgués, de un rentista. Si no hubiera sido por todas aquellas precauciones ...

—¿Sospecha usted de alguna persona o de algún grupo como autores del atentado, don León?

—le pregunté.

—Sí; ¡cómo no! —exclamó rápido y en tono de convicción— Venga ...

Me puso el brazo derecho sobre el hombro y me condujo pausadamente hacia las conejeras, que con tanto celo cuidaba también personalmente. Uno de sus gustos consistía, en efecto, en darles de comer él mismo a los conejos. Se detuvo, lanzó una mirada circular como para convencerse de que estábamos solos y al oído, poniendo su mano derecha cerca de la boca, cual si quisiera hacer más discreta su confidencia, me dijo con voz queda y una convicción profunda:

—El autor del atentado es José Stalin por medio de su G.P.U.

Me quedé mirándolo con el consiguiente asombro. Confieso que esta revelación me desencantó completamente, pues yo esperaba el nombre de personas que pudieran estar al alcance de mi mano. Mi primera sospecha fué convirtiéndose así en convicción. Nuevamente me dije: “Se trata de un auto-asalto. No cabe duda”.

Trotsky añadió, tras una pausa:

—Proceda usted contra los elementos stalinistas, deteniendo a los más destacados, y no tardará usted en descubrir a los criminales.

No le dije nada, pero cada vez estaba más convencido de que el viejo revolucionario pretendía desviar mi atención de la verdadera pista.

Le pedí permiso para empezar las investigaciones por mi propia cuenta. Procedí, en primer lugar, al examen de las habitaciones del matrimonio Trotsky y de su nieto. Conté hasta setenta y tres impactos en las puertas, en las ventanas y en las paredes, inclusive dos en la camita del ex Comisario soviético y uno en la de su esposa, con perforación de los colchones. Parecía casi imposible que, de haberse encontrado en la habitación, en el momento del asalto, hubieran podido salir con vida. ¿Era cierto, por otra parte, lo que me acababa de afirmar referente al fuego cruzado de los asaltantes? ¿Podía ser cierto? ¿No se habrían matado los propios asaltantes entre sí?

A pesar del hermetismo en que parecían haberse encerrado —sospeché que por orden del propio Trotsky—, quise volver a conversar con los secretarios y guardianes del interior de la casa. Se trataba de un primer interrogatorio; más tarde, si era necesario, procedería con ellos a un examen en toda regla. Robert Sheldon Harte, que había sido aquella noche el encargado de guardar la puerta, había desaparecido, en efecto. ¿Lo habían secuestrado o se había ido él, por propia voluntad, con los asaltantes? Trotsky y sus colaboradores parecían inclinarse por lo primero, aun cuando no tuvieran otro fundamento para ello que una simple presunción. Era éste un punto de primerísima importancia; debía dejar su averiguación, sin embargo, para más tarde. Los otros colaboradores del viejo revolucionario eran: Harold Robins, jefe de los guardianes interiores; Otto Schuessler, alemán, a la vez secretario y guardián; Walter Kerley, secretario de inglés y guardián también, lo mismo que Charles Cornell, y Jake Cooper, guardián solamente.

—Aparte de ustedes, ¿no había nadie más en la casa? —les pregunté.

—La servidumbre. Y además ...

—¿Además?

—El matrimonio Rosmer. Los compañeros Alfredo y Margarita Rosmer, de nacionalidad francesa.

—¿Qué hacían aquí?

Averigué que se trataba de unos amigos y compañeros de siempre de los Trotsky; se habían conocido personalmente en París durante la otra guerra, antes de la expulsión de Francia del revolucionario ruso. El era también escritor, periodista y viejo revolucionario, partidario del trotskismo. Habían llegado hacía unos meses apenas de París, acompañando a Esteban, y no debían tardar en marcharse de nuevo.

—¿Cuáles eran las obligaciones de ustedes en la casa? —volví a preguntar.

Su primera obligación consistía, según ellos mismos, en guardar la vida de León Trotski aun a riesgo de la suya propia.

—¿Y cómo es que no han hecho nada para defenderlo contra los asaltantes?

Otto me dijo que se le había encasquillado el fusil ametralladora. Invocaban todos la sorpresa que les había producido el asalto y la desconcertante rapidez con que se había desarrollado todo. Por otra parte, los asaltantes eran numerosos y venían extraordinariamente bien armados y con una organización perfecta. Estuve tentado de detenerles a todos en el acto. Me contuve y decidí proceder con calma.

La servidumbre se componía de tres personas: Carmen Palma, cocinera; Belén Estrada, sirvienta o recamarera, y Melquíades Benítez, mozo de servicio. Las dos mujeres, sobre todo, parecían presa del pánico. La cocinera, mucho más que la otra, temblaba y casi no se atrevía a mirarme a la cara. Consideré que eran las personas más vulnerables y decidí proceder a su arresto. Su interrogatorio me pondría quizá sobre la pista que buscaba, sobre todo teniendo como tenía la convicción de que se trataba de un autoasalto.

¿Se trataba tan solo de una convicción personal? Cambié unas rápidas impresiones con mis colaboradores más inmediatos.

—¿Qué opinan ustedes? —pregunté a los señores Estrada y Galindo.

—A nuestro juicio se trata de un autoasalto —me contestaron.

¿Ellos también lo creían así? Siempre he concedido una gran importancia a la opinión de mis colaboradores.

Las precauciones adoptadas por Trotski y sus guardianes habían convertido aquella casa —lo repetimos— en una fortaleza al parecer inexpugnable. El reglamento interior no podía ser más completo y perfecto. Veíase que el viejo revolucionario, sintiendo su vida constantemente amenazada y conociendo como nadie el poder y los hábiles métodos de sus enemigos, no había escatimado medida o precaución alguna que lo protegieran. La puerta de entrada estaba asegurada por un doble pasador, uno de los cuales sólo permitía entreabrir la un poco. Una fuerte lámpara eléctrica iluminaba el espacio necesario para reconocer

o identificar al visitante. Si era éste de absoluta confianza, el guardián de la puerta pronunciaba una contraseña al guardián situado en la torrecilla —torrecilla desde la que se dominaba a la vez la calle y el jardín y desde la que se podía disparar con la ametralladora que en ella había— y dicho guardián acaba de abrir la puerta por medio de un resorte eléctrico. Luego para que pudiera abrirse la puerta del todo, en cumplimiento estricto del reglamento, era necesario el concurso combinado de dos guardianes.

—¿Cómo han podido entrar en tales condiciones los asaltantes en la casa? —inquirí perplejo.

—No es posible precisarlo todavía —me respondió Otto—. Suponemos que Sheldon reconoció o tomó por amigo de la casa a uno de los asaltantes.

Guardé silencio y continué haciéndome cargo de las demás precauciones. Funcionaba también un perfecto sistema de alarma conectado con las diversas dependencias de la casa. Y sobre los muros que circundaban ésta había instalada una red de alambres eléctricos, de manera que era casi imposible saltar por ellos sin tocarlos. En cualquier caso debía producirse un repique de alarma, al mismo tiempo que se iluminaban unos pequeños focos colocados sobre un tablero situado en la caseta interior del vigilante. Este tablero no sólo denunciaba el peligro, sino el lugar exacto de donde éste provenía. Añadamos que todo este sistema interior se comunicaba, a su vez, con la caseta exterior de los policías encargados de guardar la casa. ¿Cómo dudar, en vista de todo esto, de la complicidad de algunos de los guardianes de Trotski, o por lo menos de Robert Sheldon Harte, que era el que guardaba la puerta al producirse el asalto? Con todo esto la idea del autoasalto se afirmaba más y más en mí.

De la casa de Trotski habían desaparecido dos automóviles, uno marca Ford y otro marca Dodge. Sin duda los asaltantes habían huido en ellos después del tiroteo.

—¿Quién guardaba las llaves de los coches? —pregunté.

Me dijeron que las llaves estaban siempre puestas en los automóviles, lo que constituía una precaución más en caso de peligro. Muy bien. Pero los asaltantes no tenían por qué saberlo. ¿Cómo, entonces, habían tenido la idea de huír en los coches? ¿Quién les había indicado lo de las llaves? ¿Acaso Sheldon?

Uno de los coches apareció no lejos de la casa, en la esquina de las calles de Viena y San Pedro. Era el

Ford. Se trataba de un automóvil ya viejo. Uno de los colaboradores de Trotski exclamó:

—Ese auto lo sacaron de casa, Uno de los dos que se llevaron.

El terreno estaba fangoso. El automóvil se había atascado en el barrizal. Sin embargo si no lo desatascaron y huyeron en él fué, seguramente, por nerviosismo, pues nosotros logramos sacarlo en seguida y sin dificultad alguna. Se veía que los asaltantes habían pretendido cruzar el río Churubusco, detrás de la casa de Trotski, hacia el norte; por lo menos los que iban en ese automóvil habían debido huir por ese lado. Di orden a distintos agentes para que se distribuyeran por la ciudad y lo investigaran todo. Debíamos seguir todas las pistas, sin despreciar un solo indicio. Tal era el punto, de vista del General Núñez, coincidente en absoluto con el mío.

En la orilla del río Churubusco encontré una escala marina de cables, con travesaños de madera y con un garfio en uno de los extremos. Sin duda la habían llevado como medida preventiva, por sí no lograban penetrar por la puerta. No lejos del automóvil encontramos asimismo una sierra eléctrica, de 110 a 125 voltios; una barreta de hierro, conocida con el pintoresco nombre de "Santo Niño", que suelen emplear los maleantes de México para abrir las puertas o bien para golpear a sus víctimas; dos fusiles máuser, de los arrebatados por los asaltantes a los policías encargados de guardar la casa de Trotski; numerosos casquillos, calibre 45, y un cargador de pistola "Thompson".

A poco recibí aviso de que en la calle de Mérida, a buena distancia del lugar del suceso, había aparecido un coche Dodge abandonado. Me trasladé allí inmediatamente. Era el otro automóvil desaparecido del garage de Trotski. En el interior había un pantalón de paño azul, una chamarra de la misma tela, dos fornituras de charol, una negra y otra color café; una canana de piel, color café, con cartuchos de pistola calibre 38 especial, y un mazzazo con funda de metal. Todos aquellos efectos podían ser preciosos para la investigación. Era, pues, cierto que los asaltantes habíanse presentado —por lo menos una parte de ellos— disfrazados de policías.

Regresé a la quinta de Trotski. Persistía cada vez más en mí la idea del autoasalto, pero no me era posible fundamentar todavía una hipótesis más o menos firme. ¡Había ocurrido todo con una rapidez tan sorprendente! Se trataba de un hecho en el que habían intervenido numerosas personas, una veintena al menos, lo que no dejaría de facilitar la investigación. No era posible que permaneciera en

el misterio un suceso en el que estaban complicadas veinte personas como mínimo. No cabía duda: si no se trataba de un auto-asalto, organizado por el propio Trotski y sus colaboradores para hacer recaer la responsabilidad sobre los stalinistas, sus enemigos, por fuerza tenía que tratarse de un golpe preparado por éstos. Trotski carecía de otros enemigos en el país, ya que, de acuerdo con el compromiso contraído con el Gobierno del General Cárdenas, no se había ocupado jamás de los asuntos políticos interiores. Desde su llegada a México, el único país del mundo que se había atrevido a ofrecerle asilo, los comunistas indígenas lo habían convertido en blanco de sus enconadas campañas. No habían desperdiciado ninguna ocasión para atacarlo, para pedir su expulsión del país, tropezando siempre con la fría voluntad del Presidente de la República. Había que seguir al mismo tiempo una doble pista: la del posible autoasalto y la de los comunistas stalinistas. No ignoraba —y el propio Trotski me había ilustrado al respecto en distintas ocasiones— que la G. P. U. procura no comprometer jamás, en sus fechorías, a los militantes comunistas conocidos u ocupando cargos de responsabilidad. Suele actuar más o menos independientemente del Partido Comunista, utilizando de preferencia a elementos poco conocidos o desvinculados, aparentemente, del mismo. No obstante esto, hacía un rato apenas que el propio Trotski me había incitado a que detuviera a los militantes comunistas más destacados, entre los cuales debía descubrir, según él, a los autores del asalto. ¿Con qué fin me había dicho esto? Sabía perfectamente que yo no podía detener a nadie sin más ni más, sin pruebas o sin una fundada presunción de responsabilidad. Si se trataba de un autoasalto, mi tarea sería relativamente fácil. Pero de ser la G. P. U. la organizadora del atentado, iba a habérmelas con elementos sumamente listos y avezados en este género de hazañas. En este caso tenía ante mí una tarea difícil y de gran envergadura. Y dada la atención universal iba a personalidad de León Trotski, la atención universal iba a seguir paso a paso la investigación. Jamás, en el transcurso de mi actuación policíaca, me había enfrentado con un caso de tal magnitud.

Tenía prisa por empezar los interrogatorios en regla, con la esperanza de que éstos me colocaran sobre una pista segura. Los policías encargados de guardar la casa de Trotski me precisaron algunos detalles sobre la manera como se produjo el asalto. Poco después de las tres de la madrugada habían visto llegar hacia la caseta donde se encontraban a dos individuos con uniforme de policía y a otro con uniforme del Ejército Nacional, este último ostentando las insignias de teniente: Creyeron que debía tratarse de una visita de sobrevigilancia ordenada por la Jefatura de Policía. Los recién

llegados los abordaron amablemente:

—¿Qué hubo, compañeros?

—Sin novedad —respondieron los interpellados.

En esto diéronse cuenta de que otros sujetos rondaban en torno de la caseta. Quisieron cerciorarse de lo que se trataba, pero los dos policías y el teniente sacaron rápidamente sus pistolas y les gritaron:

—¡Manos arriba, hijos de ... !

No les fué posible oponer resistencia y hubieron de dejarse desarmar. Los condujeron al interior de la caseta. Encontráronse allí con otros tres asaltantes: dos vestidos de policías y el tercero con uniforme militar. Este último, que usaba gabardina, lucía en la gorra la insignia de mayor del Ejército. Habían despertado a los guardianes que dormían en la caseta, después de desarmarlos, y los obligaban a vestirse a toda prisa. Los maniataron a todos, colocándoles las manos hacia atrás. El que lucía las insignias de mayor les dijo entonces:

—¡Viva Almazán, muchachos! (1) ¡Cayó ya el General, Núñez! ¡Tenemos tomadas todas las garitas de policía!

Salieron de la caseta llevándose todas las armas que en ella había. Los guardas maniatados quedaron bajo la vigilancia de un individuo con ropa de paisano, que había llegado mientras tanto. Poco después oyeron varias descargas cerradas; comprendieron que disparaban con ametralladoras. Al cesar el tiroteo, que duró brevísimos minutos, el individuo de paisano encargado de vigilarlos desapareció. Vieron pasar entonces a los asaltantes, llevando con ellos a uno de los guardianes personales de Trotsky, que ellos conocían con el nombre de Bob.

Era de extraordinario interés precisar el siguiente detalle:

—¿Los asaltantes lo llevaban secuestrado o parecía ir él con ellos por propia voluntad?

El policía Abel González Ortiz, que lo vió más claramente, precisó:

—Bob no era maltratado por los otros individuos. Parecía ir entre ellos bastante tranquilamente y por propia voluntad.

—¿Quién sacó los carros? ¿Lo vieron?

—No podíamos distinguir. Sólo vimos que subían algunos de los asaltantes en ellos y que se alejaban

a toda prisa.

—¿Cómo hicieron para entrar en la casa los asaltantes?

El mismo policía precisó:

—Yo comprendí al ver salir a Bob entre los asaltantes que había sido él quien les había abierto la puerta. Era el que estaba guardándola a esa hora. Además, sin un cómplice dentro, resultaba poco menos que imposible penetrar en la casa.

Le concedí cierta importancia a la declaración de Jesús Rodríguez Casas, Suboficial de la 17 Compañía de Policía y Jefe del Servicio de Guardia de la casa de León Trotsky. Cumplía esta misión desde hacía tres años y cuatro meses, es decir, desde la llegada del revolucionario ruso al país. El servicio se componía al principio de treinta y tres hombres. Como quiera que esto suscitó las continuas protestas de los comunistas, pretextando que la guarda del exilado ruso le costaba demasiado cara al país, se redujo a ocho hombres y finalmente se fijó en diez. Hacían dos turnos de veinticuatro horas. Aparte de las armas cortas, les fueron suministradas cinco armas largas, cinco fornituras y una dotación de doscientos cincuenta cartuchos. El Gobierno del General Cárdenas garantizaba así, hasta donde ello era posible, la siempre amenazada vida del ex jefe bolchevique ruso, al que le negaba la hospitalidad el universo entero. Trotsky tenía gran confianza en Rodríguez Casas y le testimoniaba su amistad; rara vez salía sin hacerse acompañar por él y, lo sentaba, con cierta frecuencia, a su modesta mesa. Asimismo solía acompañar a Natalia Sedova y a Esteban, los cuales salían con mayor frecuencia. En el momento del asalto, el Suboficial se encontraba descansando en su casa. Al notificársele el asalto y el tiroteo, se vistió a toda prisa y acudió a la casa de Trotsky. Al enterarse de los hechos tal como habían sucedido, espontáneamente y con absoluto aplomo exclamó:

—Esto ha sido un autoasalto.

Desde el primer momento juzgó sospechosísima la actitud de Sheldon. Asentó la siguiente reflexión:

—¿Por qué les abrió la puerta a los asaltantes cuando ésta no se abría ni siquiera a los policías de servicio? Sólo yo tenía entrada en la casa.

Había hecho conducir a la cocinera y a la recamarera de Trotsky, arrestadas preventivamente, al Cuartel de la Montada, comúnmente conocido por "El Pocito", por encontrarse en las inmediaciones de un venero cercano a la Colegiata, a donde acuden fieles y peregrinos a persignarse cual si se tratara de

una pila de agua bendita. "El Pocito" habíase hecho famoso y constituyó, hasta su supresión como cárcel preventiva, el terror de los delincuentes. Las dos detenidas sentíanse poco menos que aterradas. ¿A qué podía deberse?

No necesité hacer la menor presión para que declararan., Según ellas, Trotski celebraba frecuentes juntas con sus secretarios. La víspera del asalto parece que se celebró una de estas juntas, a la que asistieron todos los colaboradores de Trotski, así como el matrimonio francés que se encontraba en la casa de paso; fué absolutamente reservada y duró dos horas y media, desde las tres y media hasta las seis de la tarde. Otto Schuessler y Charles Cornell manifestaron después de la reunión, y muy particularmente después de la cena, una gran inquietud, un cierto nerviosismo: iban constantemente de sus habitaciones al despacho de Trotski, con el que conversaban discretamente. Naturalmente, hasta ellas no llegó una sola palabra de cuanto dijeron. La cocinera le llamó la atención a la recamarera sobre todo esto. Ambas se retiraron a dormir hacia las diez de la noche. Los primeros disparos las despertaron bruscamente. Se estaba levantando la cocinera cuando vió pasar a Otto en pijama, pistola en mano; sin pronunciar una sola palabra se pasó del lado de la cocina, permaneciendo allí sin disparar todo el tiempo que duró el nutrido tiroteo. Si los asaltantes eran enemigos, ¿por qué no disparaba? Sólo una vez o dos se asomó hacia el jardín y hacia el comedor. Cuando la cocinera abandonó su dormitorio vió a todos los secretarios conversando con Trotski. en su habitación. Trotski salió poco después al comedor empuñando su pistola. Todos permanecían tranquilos menos Otto, que daba muestras de gran nerviosidad. Al verla, Trotski le preguntó a la cocinera:

—¿No le ha pasado nada a usted?

—Nada, señor.

Entonces la mandó a ver si le había ocurrido algo a la recamarera, lo que se apresuró a hacer. Juntas vieron después a la señora de Trotski. Llevaba ésta la nariz un poco chamuscada de pólvora. Al hacérselo observar, se limitó a limpiarse con la mano, sonriendo. Hacia las seis se encontraba la cocinera en el comedor cuando vió entrar a Charles Cornell, en compañía del Suboficial Rodríguez Casas. Decía éste dirigiéndose al colaborador de Trotski:

—Ya lo estás viendo, Charles; te dije que eso era muy peligroso.

Las dos sirvientas creían que se trataba de un autoasalto preparado por su propio amo y por sus

secretarios. Si estas declaraciones eran ciertas, no cabía duda que era por demás fundada mi primera sospecha.

No podía esperar más. Hice detener y trasladar al "Pocito" a Charles Cornell y a Otto Schuessler. El primero, en su declaración, se limitó a precisar algunos detalles referentes a la noche del asalto. Estaba durmiendo cuando se produjo éste. Despertó al oír los disparos de ametralladora; creyó que éstos procedían de sus compañeros, que estaban repeliendo una agresión. En este momento oyó que gritaban en inglés:

—¡No intervengas tú en esto y no te pasará nada!

Buscó su pistola y no la encontró. Recordó que se la había prestado la noche anterior a Harold Robins, cosa que se hacía frecuentemente entre los guardianes de Trotski. Se acercó entonces a la puerta de su recámara. Harold, al verlo, le gritó:

—¡Baja la cabeza, Charles! ¡No te asomes!

A pesar de esta orden perentoria, miró hacia la pieza de guardia y distinguió a tres individuos, dos con trajes al parecer oscuros y uno con traje claro. Corrió en busca de su carabina, con intención de salir al patio de la casa. Como vestía un pijama claro, se puso a toda prisa ropa más oscura con el fin de no ofrecer fácil blanco al enemigo. Al ir a salir, Harold volvió a gritarle:

—¡No te asomes, Charles! ¡Baja la cabeza!

Esta nueva orden le salvó, sin duda alguna, la vida. Harold veía a los que disparaban con las ametralladoras. Permaneció en la puerta de la recámara con la carabina preparada. No creyó que los asaltantes fueran dueños de la casa. En esto vió correr a un individuo desconocido por el patio de la casa. Le disparó un tiro con su carabina, pero sin lograr hacerle blanco. Vió que Otto bajaba de su habitación hacia la pieza de Trotski y oyó que Harold le gritaba:

—¡Ten cuidado, Otto! ¡Corres peligro!

Pasado el tiroteo, se reunieron con Harold en una de las piezas utilizadas por los guardias de servicio.

—¿Puedo ir a la habitación del Viejo? —le preguntó.

—Espera que apaguemos la luz eléctrica de la casa —le dijo Harold.

Hecho esto, corrieron hacia la puerta que da acceso a la oficina de Trotski. La puerta estaba cerrada.

Entonces se dirigió al patio. No había oído, ni antes ni después del tiroteo, el ruido de los motores de los automóviles. Sólo después averiguaron su desaparición, así como la de Sheldon.

Los agentes a mis órdenes habían averiguado mientras tanto que la sierra eléctrica encontrada no lejos de la casa de Trotski había sido vendida en la casa Sucesores de Z. Clement, por la cantidad de trescientos pesos, a un individuo elegantemente vestido y que manejaba un automóvil grande, de color negro, con placas de Nueva York o Nueva Jersey, no podían precisarlo exactamente. El individuo en cuestión recomendó que le enviaran la factura a la calle de Londres, número 23, en Coyoacán. Verificada dicha dirección, resultó ser falsa. Había dado este domicilio para despistar. En todo caso este dato probaba que los preparativos del asalto, y quizá el asalto mismo, habíanse llevado a cabo con intervención de elementos extranjeros.

Hacían apenas cuarenta y ocho horas que había procedido a la detención de los dos secretarios de Trotski, cuando recibí una urgente llamada telefónica del General Núñez. Desde "El Pocito", donde me encontraba, me apresuré a trasladarme a la Jefatura de Policía. Mi superior inmediato me dijo, en síntesis:

—Lo he llamado a usted para hacerle saber que Trotski acaba de dirigirle una carta al señor Presidente de la República protestando por la detención de sus secretarios y de su servidumbre y alegando que se le deja sin atenciones ni medios de seguridad. Afirma que todos son absolutamente inocentes. El Primer Magistrado se siente molesto por este incidente y dispone que se presente usted ante Trotski llevando a sus guardas aprehendidos y ofreciéndole excusas.

Declaro que esto me zahirió en lo más vivo. Repuse:

—Procedo desde luego a cumplirla orden presidencial, pero debo aclarar que no estoy obrando de manera arbitraria. Para el esclarecimiento de los hechos necesito recurrir a todos los medios a mi alcance. El caso se presenta por demás oscuro. Confieso que hasta ahora no he logrado dar con ninguna pista segura. Todo me ha parecido indicar, por otra parte, que se ha tratado de un autoasalto.

Al mismo tiempo recibí yo también una carta del propio Trotski, que él mismo se encargó de hacer pública por medio de la prensa. En uno de los párrafos me decía: "El atentado no es un accidente inesperado que pueda atribuirse a Dies (2), a Diego Rivera (3), etc, El atentado no es el primero en su género; todas las medidas de defensa fueron

tomadas por mí ante la perspectiva de un atentado inevitable por parte de la G. P. U. Hoy, cuando el atentado es un hecho consumado, se aprehende a mis amigos y defensores, se sospecha de mis amigos de ayer, pero no de los verdaderos enemigos, bien conocidos de todo el mundo". Y añadía: "Este intento coincide sorprendentemente con el intento de los asaltantes mismos, quienes gritaron: '¡Viva Almazán!', para provocar la impresión de que el asalto es un incidente de la política interior. Rivera, como se ve por la prensa, ha estado conectado con la campaña del General Almazán. La regla clásica de la G. P. U. es: matar a un enemigo y arrojar la responsabilidad sobre otro". Acusaba después a Vicente Lombardo Toledano y a los principales jefes del Partido Comunista Mexicano por las campañas realizadas contra él, y que tenían por fin encubrir políticamente el acto cometido por la G. P. U. Y añadía seguidamente: "Estoy absolutamente seguro de que la aprehensión de mis colaboradores y amigos se basa en hechos del mismo valor que los concernientes a Diego Rivera. Estoy seguro de que la investigación se orienta hacia un callejón sin salida. Cada nuevo día, cada nuevo hecho, cada nueva pista, sería desvanecer todas estas construcciones artificiales y desenmascarar a los verdaderos criminales, junto con sus inspiradores y protectores intelectuales". Y terminaba así su colérica carta: "Hasta la fecha me he impuesto un mutismo absoluto para no entorpecer la investigación. Pero en vista de su orientación, inesperadamente falsa, me reservo el derecho absoluto de apelar a la opinión pública mexicana e internacional en este asunto".

Lejos de ayudarme en mi tarea, la prensa, con sus crónicas sensacionalistas, sus rumores y sus deducciones, contribuía a entorpecerla. Yo comprendía perfectamente el afán informativo del público. Pero tenía que seguir la investigación por mi cuenta y sin abandonar ningún medio a mi alcance. Añádase a esto que el pintor Diego Rivera, al ver mezclado su nombre en las informaciones periodísticas, abandonó intempestiva y sensacionalmente el país para trasladarse a los Estados Unidos, donde empezó a hacer las más extrañas declaraciones. Artista dotado de portentosa imaginación y de un enfermizo afán propagandístico, no quería desaprovechar la ocasión de atraer sobre él la atención pública. Según parece, y a pesar de haber roto con Trotski trece meses antes, temía ser víctima a su vez de un atentado, sin duda porque había gestionado la entrada del ex Comisario ruso en México. Con todo esto la opinión pública se desorientaba y mis dificultades eran cada vez mayores.

Hacia las cuatro de la tarde del mismo día y en mi propio automóvil conduje a Otto y a Charles

a casa de Trotski. Me recibió éste con forzada amabilidad. Contenía a duras penas su coraje. Le temblaba la blanquecina barbita y se la acariciaba nerviosamente, gruñendo casi. Parecía resurgir en él el viejo Presidente del Consejo de Guerra de la U. R. S. S. Contra su costumbre, no me ofreció asiento.

—Le presento mis excusas por la detención de Charles y de Otto, don León —le dije en tono sereno y con el fin de calmar su mal contenida cólera—. Después del interrogatorio a que los he sometido, estoy convencido de su inculpabilidad. Puede usted reafirmar la confianza que en ellos tenía depositada.

Le dí cuenta de las declaraciones que me habían hecho sus sirvientas y que me indujeron, aparte de mis sospechas, a la detención de sus dos secretarios. Se mostró en extremo sorprendido.

—Celebramos juntas constantemente —precisó—. En la misma mesa, a la hora de comer, nos ocupamos de cuestiones políticas internacionales. Mi despacho, por otra parte, está siempre abierto a todos mis colaboradores. Pero por una circunstancia feliz, el 23 de mayo no celebramos ninguna junta, porque yo estuve ocupadísimo preparando un trabajo para los Estados Unidos, al que di comienzo a las siete y media de la mañana para no terminarlo hasta las once de la noche. Mi mecanógrafa rusa, señora Fanny Yanovitch, que por lo general sólo trabaja tres o cuatro horas diarias, en esta ocasión me acompañó durante todo ese tiempo. Esta señora trabaja en un cuarto contiguo, pero pasa a mi despacho a buscar los cilindros dictafónicos. Yo trabajo solo y recuerdo que a eso de las cinco de la tarde entró Sheldon a decirme que quería revisar los hilos del sistema de alarma. Yo, algo molesto, observé: "No es posible trabajar con estas interrupciones. Déjeme, por favor". Y Sheldon salió. Más tarde entró a verme Cooper. Estas fueron las únicas juntas que tuve ese día. Lo recuerdo perfectamente por las circunstancias que le he expuesto. No tuve ninguna otra junta.

—En este caso —le dije— desconfíe de la cocinera. ¿Por qué ha mentado en sus declaraciones? Lo mejor es que la despida usted, don León.

Al comienzo se mostró contrario a tal medida. Pero ya apaciguado, convino en que era lo mejor, en efecto.

Natalia Sedova no había podido contener su ira. No me había dirigido reproche alguno, pero al saludarla me lanzó una mirada furiosa, al mismo tiempo que besaba en el pelo a Otto y a Charles, mientras pronunciaba cariñosas y maternales palabras.

Cumplida mi misión me retiré. Trotski me acompañó hasta el zaguán con su amabilidad de siempre.

Se iba desvaneciendo en mí la idea del autoasalto. ¿Qué pista iba a seguir ahora? Los elementos comunistas y comunizantes echaban las campanas al vuelo en torno a la tesis del autoasalto y del viva al General Almazán de los asaltantes de la casa de Trotski. Se mostraban demasiado interesados en desviar la investigación y en hacer recaer toda la responsabilidad sobre la propia víctima: sobre León Trotski. No cabía duda: debía dirigir mi atención por ese lado. Iba a enfrentarme con la organización policíaca y terrorista mejor organizada y más terrible del mundo: la famosa G. P. U.

\*\*\*

(1). El General Juan Andreu Almazán se presentaba entonces como candidato a la Presidencia de la República frente al General Manuel Avila Camacho y pasaba por ser el candidato de la reacción. (J. G.)

(2). Se refiere al famoso presidente del Comité Dies, encargado de investigar las actividades antiamericanas.

(3). El pintor Diego Rivera era partidario de la candidatura de Almazán, había roto con Trotski y se le creyó un momento implicado en el atentado.